

9° CENTENARIO DE LA CARTA DE LA CARIDAD

Solemnidad de la Santísima Trinidad

16 de junio, 2019

Queridos hermanos y hermanas,

¿Habrà una celebraci3n m1s hermosa que la de hoy para celebrar el noveno centenario de la Carta de la Caridad en familia? El Padre es amor, el Hijo es gracia, el Esp3ritu es comuni3n, ¡oh Sant3sima Trinidad! El cenobio trinitario es sustancialmente *caridad*, caridad que se expresa en el amor, la gracia, y la comuni3n. Estas palabras est1n llenas de resonancia para cada cristiano, por supuesto, pero quiz1s a3n m1s para los monjes, las monjas y los laicos que pertenecen a la gran familia cisterciense.

¿Qui3n de nosotros no es consciente de ser miembro de pleno derecho, por esta pertenencia, de una *schola caritatis* donde el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comuni3n en el Esp3ritu nos abrazan y forman el fundamento sobre el que queremos construirlo todo? Construirlo todo en nuestros monasterios, construirlo todo en nuestras relaciones dentro de nuestras comunidades, construirlo todo entre nuestros monasterios, entre nuestras 3rdenes, nuestras Congregaciones, y por supuesto tambi3n en las relaciones que hoy animan, movilizan y dan vida a lo que con m1s y m1s frecuencia vamos llamando “la Familia Cisterciense”.

En el c3digo gen3tico del carisma cisterciense, la Carta de la Caridad puede ser considerada como el n3cleo de identidad que da fundamento a todo lo que hemos vivido durante 921 a3os. Es cierto que sus l3neas de fuerza comenzaron a tomar forma antes de que naciera el C3ster. Pensamos aqu3 en la erecci3n de la Abad3a de Aulps, la fundaci3n de Molesme, y en el famoso “Acuerdo de Molesme” que busca establecer relaciones de paz y armon3a entre la Abad3a de Aulps y su fundaci3n, Balerne, ambas llamadas “iglesia”, palabra que se utilizar1 muy pronto en este sentido en los primitivos documentos relativos a la fundaci3n del C3ster. Dicho esto, no cabe duda de que fue en suelo cisterciense y bajo la inspiraci3n de Esteban Harding que la *Carta Caritatis* tom3 realmente forma y consistencia. Ella es, se podr3a decir, nuestro tesoro.

Siendo don del Esp3ritu a la Iglesia y al mundo, este tesoro es como el coraz3n de la tradici3n cisterciense. No nos pertenece, pero nos corresponde a nosotros hacerlo crecer. Cada monje y cada monja tiene la responsabilidad de fomentarlo. Cada comunidad, aun en la extensi3n laica que tal vez tenga, puede encontrar en la Carta de la Caridad la gracia de fortalecer y renovar su

identidad cisterciense. Cada congregación y cada una de las dos Órdenes manifiestan un matiz, un reflejo, una actualización particular de esa identidad, para el bien de la gran Familia Cisterciense y de su testimonio al inicio del tercer milenio. Vemos claramente que nuestro tesoro es de índole "polifacética", según la imagen tan apreciada por el Papa Francisco. Refleja la confluencia de muchas diversidades que, en ella, conservan su originalidad. Nada se disuelve, nada se destruye, nada domina nada en esta unión, más bien todo queda integrado.¹

Este tesoro contiene un manantial interior, y es precisamente la Caridad, el impulso de la Caridad que ha hecho florecer el árbol de Císter a lo largo de los siglos, a veces en circunstancias difíciles, como ocurre a menudo en la actualidad. A diferencia del siglo XII, nuestras Órdenes, nuestras Congregaciones, y nuestras comunidades ya no se hallan en un contexto de crecimiento sino de disminución, con todo lo que esto implica en la organización de nuestra vida comunitaria y en la forma en que habitamos nuestros lugares.

En consecuencia, estamos quizás en mejores condiciones de acoger y comprender lo que San Pablo escribe a sus corresponsales en Roma: "Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce perseverancia, y la perseverancia produce carácter probado, y el carácter probado produce esperanza. Y la esperanza no acarrea vergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5:3-5). Esto nos obliga a revisar nuestros criterios de éxito: el mero número es menos importante para nosotros que la llama ardiente, la extensión o el decrecimiento de nuestras ramas son menos importantes para nosotros que la perseverancia en la conversión del corazón. Tanto en las penas como en la gracia, azotado por la tormenta o regenerado por el sol, el árbol se mantiene firme.

Arriesguémonos pues a hacernos unas preguntas: ¿Cuándo tiene más sabor el fruto de la caridad? ¿Cuándo causa más alegría? ¿Cuándo está más imbuido del sabor y la sabiduría que deleita al Señor y juega delante de él en todo momento? ¿Será en la prosperidad o en la pequeñez, en el crecimiento o en la disminución? ¡Sólo Dios lo sabe! Y no es una ofensa a Dios preguntarse si el fruto de la comunión que se encuentra en la gran Familia Cisterciense no tiene para el Señor de la Pascua un sabor más excelente que el de los mejores años de la Edad de Oro, cuando San Bernardo comentaba el Cantar de los Cantares y cuando el Císter y sus casas hijas no se cansaban de hacer fundaciones sin cesar...

¹ Estas líneas se inspiran de la Exhortación Apostólica del Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 236.

Porque “las sendas del Señor no son nuestras sendas, y sus pensamientos no son nuestros pensamientos”. El Espíritu de verdad nos recuerda hoy las tantas veces que vemos a Jesús en el evangelio no sólo desconcertando a sus discípulos, sino también confundiéndolos: “¡Dadles algo de comer vosotros mismos!” “Al que te quite el abrigo, idéjale tu túnica también!” “¡Ponte detrás de mí, Satanás!” “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen!” ... Y el desconcierto continúa hasta la última noche que pasó junto con sus discípulos, cuando les preguntó: “¿Entendéis lo que acabo de hacer?” “Estoy en medio de vosotros como el que sirve.” “Amad los unos a los otros como yo os he amado.” Éste será el signo, el sacramento de la Caridad.

Dom Olivier Quenardel
Abad del Císter